

—Y ¿vivía con el señor Flan?

—No; entonces vivía con una criada, y solamente le visitaba todos los días su primo don Félix.

—Y ¿está casado con ella?

—Veo—dijo Leopoldo—que su corazón puede llenar el vacío que le falta; ¿ha interesado el alma de usted esa joven, por ventura?

—No; los hombres como yo, sólo aman a una mujer, y la aman para siempre. Si la he seguido, si me ha interesado, ha sido, como antes dije, porque la equivoqué con la joven que no he podido olvidar un solo instante, con la hechicera Adela; pero una vez deshecho el error, no siento hacia ella otro afecto que el que nos inspira el retrato del sér que nos cautiva.

—Lo creo así, querido amigo. Sin embargo, si anhela usted saber algunos pormenores con respecto a esa joven, doña Anita, nuestra antigua vecina, podrá acaso suministrárselos, porque era la crónica con falda de toda la vecindad, aunque no la más caritativa y escrupulosa.

—¡Ah!... Sí; tengo que visitarla; no con el objeto de informarme de la que en mi alucinación pude equivocar con la mujer que hizo latir mi corazón de amor, sino porque tal vez encuentre allí, víctima de la miseria más espantosa, al objeto que está constantemente fijo en mi pensamiento.

—¿En casa de doña Anita?

—Sí—contestó Núñez. Y entonces le contó la conversación que había oído en la horchatería con respecto a una joven hermosa, de talento y de instrucción, que, agobiada por la necesidad, había pedido, en una noche tempestuosa, asilo en la casa de doña Anita.

Leopoldo, conociendo que la esperanza es el bien de los desgraciados, trató de dar fuerza a la idea concebida por su excelente amigo, y exclamó, participando aún él de la misma esperanza:

—¡Tal vez sea ella! Son tantas las evoluciones de la fortuna, que todo es de esperarse sobre la tierra.

—¿Luego ha renacido en usted también la esperanza que yacía muerta?—exclamó Núñez, contento de creer que su amigo concebía un risueño porvenir.

—¡Ah!... No.

—¿No acaba usted de decir que todo debe esperarse sobre la tierra?...

—Sí, todo; ¡excepto mi ventura! ¡Excepto mi unión con Clotilde!...—exclamó Leopoldo, abatido.

Núñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento a la pena, se dirigieron hacia él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

## CAPITULO XIV

### Fiestas de los indios

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción a los templos para visitarlos, otra gran parte de la población se dirigía a las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Jueves y Viernes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirigían al pueblo de Tacubaya, otros a Ixtacalco, y no pocos a Culucán.

El canal que conduce a estos dos últimos puntos estaba cubierto de canoas, dirigidas por robustos remeros, vestidos de calzón blanco, arremangado hasta el muslo, en mangas de camisa, descalzos y con sombreros de petate, de anchas alas, que los defendían de los abrasadores rayos del sol.

El embarcadero de la Viga se veía lleno de gente del pueblo que, afanosa y alegre, se embarcaba para concurrir a las fiestas de los indios.

Aquí, dos o tres familias de honrados y sencillos artesanos penetraban en una canoa cubierta con un toldo de petate, y se colocaban dentro de ella, provistos de un almuerzo de «enchiladas», «guajolote», «frijoles» y pulque; allí, un grupo de léperos salta a una canoa llena ya de gente, donde al son de la «jaranita», del bajo y del arpa, marchan bailando algunas parejas un jarabe animador; en otra parte, un cargador deja caer en una de esas ligeras embarcaciones, un pellejo lleno de pulque, que lo reciben una docena de devotos del jugo del maguey; y por dondequiera, chiquillos que saltan de alegría, mamás que los cuidan que no caigan al agua; músicos que cantan; remeros que



llaman con aguardentosa voz a las personas que se acercan al embarcadero; gritos, risa, alegría, bullicio y confusión.

—Oiga usted, don Paz—decía desde la canoa una joven del pueblo, vestida con enaguas cortas y zapato de raso, dirigiéndose a un grupo de hombres que estaban en la orilla—; avise usted a don Encarnación, que ya no «merque» la cerveza; que se venga, porque ya se va la canoa.

El hombre a quien se dirigía, se separó del grupo de amigos, y fué a alcanzar al que le indicó la graciosa joven.

—¡Valedor!—gritó desde lejos.

El hombre a quien se dirigía se detuvo, diciendo:

—¿Qué se ofrece, don Paz?

—Que se «güelva» usted ya sin «mercar» la cerveza.

—¿«Quen» lo manda?

—La «Federacha», porque ya se va la canoa para Ixtacalco.

—¿Y mi compadre don «Trenidá»?

—También está ya con ella, lo «mesmo» que don «Getrudes», don Margarito y don Concepción.

—Pero, ¿y qué bebemos?

—Pulque, valedor, que para eso llevamos un pellejo que acaba de traer mi padrino don Soledad.

—Entonces, nada hay que replicar; porque habiendo pulque, todo lo demás sobra. Pero, ¿no esperamos a don Carmen y a don Piedad, como habíamos convenido?

—No; ahí vendrán cuando «queran».

—Entonces les damos un «gregorito».

—No, porque se queda don Asunción a esperarles.

—Entonces está «güeno».

Y al decir esto, se acercó al que le había llamado, y juntos se dirigieron a la canoa y entraron en ella, que ya estaba llena de gente y dispuesta a partir.

—¡Vámonos!—gritaron todos los pasajeros, dirigiéndose a los remeros.

Estos iban a empezar a remar, cuando se presentó en la orilla un joven de buena presencia, pero en cuya blanca faz se revelaban la tristeza y los sufrimientos.

—¿Hay lugar para mí?—dijo con voz débil—. Han salido todas las canoas, y me precisa llegar pronto a Ixtacalco.

—No, no; aquí no «almetimos» catrines—dijo un hombre del bajo pueblo y de cara feroz, que, embozado en una sábana, se hallaba al lado de tres músicos, que, sentados al borde de la canoa, tocaban en el arpa, bajo y «jaranita», un jarabe que bailaban algunas parejas.

—¿Y por qué no ha de entrar?—dijo uno de los que acampañaban a la «Federacha». —¿No «semos» todos iguales? ¿No «quere» él venir en la canoa de los «probes»?

—Sí, sí, que entre—dijo la «Federacha».

Los remeros atracaron la canoa, que ya empezaba a andar, y el joven entró diciendo:

—Gracias; no hubiera molestado a ustedes si hubiese encontrado otra canoa; pero como la mayor parte han salido ya, y las otras empiezan ahora a recibir pasajeros...

—Sí, señor; ha hecho su merced muy bien—dijo el que había abogado por él—; aunque «probes, semos» gente honrada y tenemos «prencipios»; y mientras esté en la canoa don Encarnación—añadió, levantando sobre la frente el ala del sombrero y echando éste hacia atrás—, «naiden» le faltará a su merced al «respeuto», si es que no se hace antes el ánimo de «sacarse» al campo y de «rifarse» conmigo.

—Gracias.

—Es que es la «merita» verdad; y no es porque me la «quera» echar de lado, sino porque así me «nace» y estoy dispuesto a sostenerlo aquí y «don quiera», y lo digo «quedito» y «recio».

—Gracias—volvió a repetir aquel hombre, poco enamorado de aquel lenguaje raro de su protector, y sin atreverse a fijar en él los ojos, penetró en la canoa, y se dirigió al sitio más retirado y solitario, donde se quedó triste y meditando.

Los remeros empezaron a bogar, y la canoa empezó a deslizarse por el estrecho y pintoresco canal, con dirección a Ixtacalco.

—Vaya, don Consuelo—dijo a uno de los músicos el embozado que se había opuesto a que entrase el joven de figura simpática—; entone usted algún versito de los que a mí me «cuadran».

—¿Cuál?

—Ya sabe usted, contra los «encolados».

—Allá va, don Genovevo—contestó el del arpa, y cantó este mal forjado verso:

Los elegantes del día  
son como el «atole» frío,  
en las bolsas el silencio  
y en los tacones el ruido.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamó don Genovevo, dirigiendo la vista a nuestro joven para ver si se había picado.



Pero la persona a quien se trató de ofender con aquel verso, se encontraba demasiado entregado a profundas reflexiones para haberlo escuchado.

De pie, y quieto en un punto retirado, fijos sus ojos en el canal por donde la canoa se deslizaba, con la cabeza caída sobre el pecho, y con los brazos cruzados, aquel joven parecía la estatua de la Melancolía, meditando en los recuerdos pasados.

En su blanca y simpática fisonomía velada por el tinte de dolor y de la tristeza, se reflejaba no sé qué de misterioso y siniestro que predisponía el alma a la compasión y al interés.

En sus ojos azules, de mirar dulce y cariñoso, que, como hemos dicho, se hallaban fijos en un punto, brillaba de vez en cuando alguna lágrima que la reprimía cerrando sus grandes párpados, adornados de largas y agradables pestañas.

El hombre del bajo pueblo que, embozado en su sábana, había pedido a los músicos que cantasen, viendo que no había conseguido llamar la atención del joven, volvió a gritar:

—Otro versito por ese «chisgo», don Consuelo; pero en voz más «rebusta», para que lo oigan los «catrines».

—Voy a servirle a usted, don Genovevo.

Y el músico cantó con voz ronca y destemplada este otro mal forjado verso:

Mucho «reló» y mucho frac,  
mucho tono y mucho guante,  
y los bolsillos sin blanca,  
y el «stógamo» con aire.

—¡Bravo! Eso ha sido, lo «mero güeno»—exclamó el embozado de la sábana, dirigiendo la vista hacia donde estaba el joven rubio; pero éste continuó sin dar señales de hacer caso de lo que a su alrededor pasaba.

—Parece una «estauta»—dijo la «Federacha» a uno de los que con ella iban—. Si «quedrá» hacer el «eisamen» de conciencia.

—Y es buen mozo—advirtió la «Tangos», joven de simpática figura y de gallardas formas, inseparable amiga de la «Federacha».

—¿Por qué no lo dices más «recio» para que te oiga?—dijo otro de la reunión, cuya cara estaba dando idea de sus malos hechos—. A ti nada hay que te «cuadre» tanto como los «rotitos».

—¿Ya empiezas con tus tonterías, Madaleno? Pues, ¿qué, decir que es «bonifacio» es asegurar que me «cuadre»?—

—No; pero siempre los «probes semos», o nos «queren» hacer de «segunda fila».

—Pues bien; haremos lo que nos «nazca», que, Dios gracias, no tenemos marido ni «naiden» a quien dar cuenta de nuestras «aiciones».

—Pero...

—Nada; el que me «quera» me ha de querer así; que este es mi modito y «seaca».

—Corriente; ya cierro la «botella».

—Además de que ese joven podrá ser todo lo bien parecido que se «quera», pero «respeuto» a dinero, no creo que tenga mucho más que ninguno de ustedes.

—Y es verdad—dijo la «Federacha»—; su sombrero de fieltro no es nada nuevo; su levita está muy lejos de ser flamante, y la lleva abrochada hasta el pescuezo, lo cual indica que la camisa no está muy limpia ni muy nueva.

Y era verdad lo que la «Federacha» decía.

El traje del joven, aunque cortado a la moda, revelaba, a primera vista, que su dueño, aunque persona de buena educación, no había disfrutado de las comodidades de que gozó al mandarlo hacer.

Esto, agregado a su aire triste y meditabundo, a su ensimismamiento y descuido de cuanto le rodeaba, manifestaban que el hombre había sufrido algún gran golpe de fortuna.

Entre tanto, la canoa se deslizaba sobre el pintoresco canal, y los acordes de la música se iban a perder entre los bravos de los que aplaudían y los que bailaban, y entre los gritos y zambra de la multitud que en otra infinidad de canoas se dirigía al pueblo de Ixtacalco.

—¡Qué bella es la perspectiva que se descubre a la vista del observador al pasar el sólido puente que sirve de puerta a la grandiosa capital! Todo es risueño, magnífico y sublime en este sitio en que el hombre se encuentra rodeado por todas partes de objetos que le sorprenden, que le inspiran sentimientos tiernos, religiosos, elevados, que el idioma humano no tiene palabras para expresar.

Desde allí se descubre, sobre una vasta llanura de esmeralda, esmaltada de flores que embalsaman la atmósfera, centenares de pequeñas casas blancas, esparcidas en el ancho valle y semiocultas entre el ramaje de los bosques, como otras tantas gaviotas, descansando a la sombra de los



copudos árboles. De entre espesos bosques poblados de corpulentos árboles, levántanse arrogantes los dos gigantes volcans, el Popocatepetl y el Ixtalcihuatl, como dos invencibles guerreros, cuyos blancos penachos van a perderse entre el ondulante cortinaje del cielo. Rivalizando en gentileza y majestad con estos dos constantes centinelas que dominan todo el extenso valle, y cuyas elevadas cimas se ven cubiertas constantemente de nieve, se descubre el magnífico bosque de Chapultepec, cuyos corpulentos árboles, vestidos de blanco heno, presentan al observador las brillantes páginas de los reinados de los últimos emperadores aztecas. La vista, paseándose por los bellísimos objetos que se descorren ante ella, descubren a un mismo tiempo los pequeños campanarios esparcidos por el valle, los rebaños, las aves, las flores, los lagos, los pueblos, las aldeas, y allá, semioculta entre las blancas nubes y cerrando el horizonte, la suntuosa emperatriz de las ciudades del Nuevo Mundo, la bellísima ciudad de México, con cuyas anchas calzadas, sus magníficos edificios y grandiosos templos. A completar la pintoresca perspectiva de este admirable panorama viene la brillantísima cinta de plata que, saliendo del lago de Texcoco, penetra en la populosa ciudad, sosteniendo en su transparente superficie millares de ligeras canoas que cruzan en distintas direcciones el pintoresco canal.

La mañana estaba deliciosa.

Los alegres viajeros, sin detenerse en la belleza de la creación, seguían cantando y bailando.

El joven rubio, abismado en sus pensamientos, continuaba cruzado de brazos y sin alzar la vista de un punto.

—¡Qué! ¿No «quiere» usted cantar ya, don Consuelo?—dijo el embozado de la sábana al músico, viendo que hacía algún tiempo que no cantaba.

—Voy a entonar otra copla, don Genovevo, que se me «afigura» que le «cuadra» a usted.

—Bueno, oigamos.

Y el músico cantó lo siguiente:

Yo enamoré a una chinita  
de estas de vestido «ampón»,  
y me dijo, la maldita,  
váyase de aquí, panzón;  
no tiene para «semita»  
y «quiere» comer mamón.

—En «efeuto», no tiene ningún «defeuto»; es de lo más «perfeuto».

—No diga usted, compadre, «efeuto, defeuto y perfeuto».

—Pues, ¿cómo se dice, compadre?

—«Efeito, defeito y perfeito».

—¡Qué «perfeito» ni qué calabaza! «Perfeuto».

—No; sino «perfeito», y si no, que lo diga mi valedor don Madaleno cómo se «prenuncia».

—Yo—contestó aquél a quien querían poner de juez—, siempre he dicho «perfeuto, efeuto y defeuto».

—¿Lo ve usted, compadre?

—Sí; pero la gente fina «prenuncia: efeito, defeito y perfeito». ¿No es verdad, don Trenidad?

—Sin duda; y yo digo lo «mesmo: efeito».

—¿Lo ve usted, compadre?

—Sí; pero yo he oído también el parecer de don Madaleno, que dice: «efeuto, defeuto y perfeuto».

—Bien; pues, ¿«quiere» usted, compadre, conformarse con lo que decida don Margarito?

—¡Hombre!—dijo éste—. A mí no se me pregunte nada de «tiología».

—Si no es «tiología»—dijo otro de los que escuchaban la discusión—; lo que se disputa pertenece a las matemáticas.

—No, padrino—le advirtió otro—; se me «afigura» que es asunto de «bramática».

—Bien, eso quise decir, de «bramática».

—Bien; sea lo que fuere: ¿ustedes cómo dirían, «efeuto», como yo sostengo que se debe decir, o «efeito», como asegura mi compadre?

—Yo digo que «efeuto»—dijo uno.

—Y yo—replicó otro.

—Y yo—dijo un tercero.

—Y yo—añadieron varios.

—Pues a mí—dijo uno de los oyentes—me parece que se debe decir «efeito».

—Y a mí.

—Y a mí.

—Y a mí.

A la acalorada disputa, uno de los que estaban bailando se dirigió hacia los que discutían.

—¿A dónde vas?—le preguntó su compañera.

—Voy a escuchar, porque no hay cosa que más me «cuadre» que cuando dos se «agarran al pico», que es lo que «istruye».

Y a imitación de él, todo el mundo se agrupó en derredor de los que disputaban, excepto nuestro joven, de finos modales, que continuaba inmóvil y cruzado de brazos.



—Pues ya ve usted, compadre—dijo uno de los que disputaban—, como hay muchos de mi opinión; esto es, que se debe decir: «afeuto, defeuto y perfeuto».

—Lo mismo hay en la mía, pues sostienen que está mejor dicho «efeito, defeito y perfeito».

—Pero, ¿cómo dice la leyenda?

—¿Cómo dice?

—Precisamente traigo aquí unos versos de un «evangelista» que se lo van a probar a usted, compadre.

—Y yo traigo otros que le convencerán a usted de lo que yo digo.

—Vamos a ver.

—Vamos a ver.

Y ambos echaron mano al bolsillo y sacaron un papel.

Los concurrentes se aproximaron a ellos cuanto les fué posible.

—Oiga usted, compadre, y ya ve usted que están en letras de molde:

Si premias, chata, el «afeuto»  
de mí, que por ti suspiro,  
en mi alma harás tal «efeuto»,  
que me tornarás «de al tiro»,  
de malo, en hombre «perfeuto».

—¿Lo ve usted, compadre?—dijo el que acababa de leer.

—Se dice «perfeuto», no hay duda—dijeron todos.

—«Agora» lo veremos—añadió el que sostenía lo contrario—; oigan ustedes los que yo traigo, y que también están con letras de molde.

—Vamos a ver.

Eres un cielo «perfeito»  
de belleza extraordinaria;  
no tienes más que un «defeito»  
que te muestras a mi «afeito»  
en extremo «polinaria».

—¿Lo ve usted, compadre?—exclamó el lector.

—Pues entonces se debe decir «perfeito»—dijeron todos.

—No; sino «perfeuto»—dijo el que leyó primero—. Mis versos están hechos por el mejor «evangelista» de los que están en el Portal de San Domingo.

—Lo «mesmo» los que yo he leído.

—Pues, ¿cuánto «quiere» usted apostar, compadre, a que se dice «perfeuto»?

—Lo que usted «quiere», compadre.

—Un almuerzo de «enchiladas», con su correspondiente pulque.

—Corriente.

—¿Se conforma usted con lo que diga don Refugio, que está presente, y que es «evangelista» que la «enteliga» para esto de poesía?

—Corriente; paso por lo que diga.

—Vamos, resuelva usted, don Refugio.

Don Refugio, que era otro hombre del bajo pueblo, que no se había atrevido a tomar parte en la discusión, porque lo mismo que todos, ignoraba cómo se debía decir, y temía perder la fama de sabio que tenía entre aquella gente, perdió el color y la serenidad.

—Sí, sí; que don Refugio sentencie—exclamó la multitud, que esperó en silencio a que despegase los labios.

—Pero, hombre, ¿para qué es eso?—dijo, sudando de congoja don Refugio, que veía comprometida su reputación, y tratando de que no se hablase más sobre el asunto—. Que diga cada cual como más le «cuadre», y asunto concluido.

—No, no; hay apuesta, y es preciso que usted diga cómo está mejor dicho: si «perfeuto» o «perfeito».

—Sí, sí, es preciso—gritaron todos.

—¿Quién de ustedes es el que ha dicho que se debe decir «afeuto, perfeuto y defeuto»?

—Yo.

—Es decir, que usted sostiene que se debe decir «defeuto, afeuto y perfeuto»? volvió a preguntar don Refugio, tratando de ganar tiempo y ver cómo podía eludir su opinión.

—Sin duda.

—Bueno. ¿Y quién es el que asegura que ha de ser «afeito, defeito y perfeito»?

—Yo.

—Muy bien.

—Diga usted ahora: ¿quién tiene razón?

—Conque, ¿usted dice que «afeuto» se debe decir y no «afeito»?—repitió acongojado el electo juez en aquella cuestión.

—Sí, hombre.

—¿Y usted que «afeito» y no «afeuto»?

—Esto es.

—De manera que usted que dice «afeito», no está de acuerdo con el «afeuto», ¿no es esto?

—Sin duda.



—Ni usted que dice «afeuto» está con el «efeito».

—Sí, hombre, sí.

—Luego, lo que hay que resolver... Hombre, vamos a bailar un jarabe y dejemos la discusión—dijo, tratando de escabullirse; pero todos le agarraron y le obligaron a permanecer allí.

—No se va usted hasta que no sentencie.

Don Refugio vió que no había remedio, y continuó:

—Luego, como he dicho antes, lo que hay que resolver es si está mejor dicho «afeuto» que «afeito», ¿no es esto?

—¿Cuántas veces hemos de decir que sí?—contestó impaciente uno de los de la disputa.

—Luego la cosa está entre si usted que dice «afeuto», o el señor que dice «afeito», hay alguno que tiene razón.

—¡Dale! ¿No se le está a usted diciendo que sí?

—De manera que lo que se desea saber...

—Lo que se desea saber, hombre de Barrabás, es que nos diga usted sin más rodeos, si se dice «afeuto» o «afeito», y se acabó.

—Pues yo les diré a ustedes...—y el «evangelista» se quedó meditando.

—¿Cómo?—preguntaron con impaciencia.

—Pues se dice... Pero hombre, dejen ustedes la discusión para otro día.

—No, señor. ¿Cómo se dice?

—Pues se dice...

—Diga usted.

—«Afeuto».

—¿Lo ve usted, compadre? He ganado.

—Esperen ustedes, señores, que todavía no he acabado—añadió don Refugio—. Se dice «afeuto», y se dice también «afeito».

—¿Lo ve usted, compadre?—contestó el otro—. Yo he ganado.

—De ambas maneras lo usan los autores que yo he leído, pues tengo todas las obras de todos los «evangelistas» desde que escribían junto al «caballito», que estaba en la Universidad, hasta las últimas escritas por mis compañeros en el Portal de Santo Domingo.

—No me conformo—dijo uno de los de la disputa.

—Ni yo—añadió el otro.

—Pues, ¿se conforma usted, compadre, con la opinión de ese «catrín», que viene tan pensativo en la canoa?

—Me conformo.

—Ese por «juerza» ha de saber cómo está mejor dicho.

—Corriente; vamos a preguntarle.

Y los dos de la discusión, acompañados de los oyentes, se acercaron al joven meditabundo.

—Tenga su merced la bondad de sacarnos de una duda, caballero.

El joven pareció despertar de un sueño, y volvió la vista hacia los que le hablaban.

—¿En qué puedo servir a ustedes?—les dijo con voz dulce y acento melancólico.

—Tenemos una disputa sobre unas palabras y quisiéramos que su merced tuviera la bondad de decirnos cómo están mejor dichas.

—¿Cuáles son?

—Yo digo que es mejor castellano «afeuto, defeuto y perfeuto», que «afeito, defeito y perfeito», como asegura mi compadre. ¿Quién tiene razón?

—Tengo el dolor de decirles a ustedes, que ninguno, porque ni se dice «afeuto, defeuto y perfeuto», ni «afeito, defeito y perfeito», sino afecto, perfecto y defecto.

Los de la cuestión quedaron estupefactos.

El «evangelista» corrido.

Los oyentes, admirados, ponderaron el talento del joven, y se retiraron al sitio que antes ocupaban, donde continuaron oyendo cantar.

Y nuestro joven, cruzado de brazos, fijando la vista en el agua que corría, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, volvió a quedar sumergido en sus meditaciones.

La canoa entre tanto había caminado con tal velocidad, que dejando atrás a centenares de las que antes habían salido, estaba ya a pocas varas de Ixtacalco.

Millares de personas se veían saltar de las ligeras embarcaciones que habían llegado a la orilla del sitio que sirve de muelle.

La animación que reinaba en el pueblo, con motivo de fiesta, era extraordinaria, y por todas partes no se escuchaban más que gritos, músicas y voces de alegría.

La canoa en que marchaban las personas de que antes nos hemos ocupado, llegó también, y todas saltaron a tierra para tomar parte en el regocijo general.

Sólo nuestro melancólico joven permaneció en el mismo sitio, sin darse prisa a desembarcar.

—¿No va su merced a tierra, señor amo?—le dijo uno de los remeros, viendo que no salía.

—Más apreciaría que me llevase a Culhuacán.

—¡Imposible!



—Le pagaré a usted bien.

—Aunque me diese su merced lo que me diese. La fiesta de Ixtacalco es «retemucho» mejor que la de Culhuacán, y yo, aunque en verdad que «quero» ganar, «quero» también divertirme.

—Y ¿no sabe usted si habrá algún canoero que me quiera llevar?

—Puede. ¿Por qué no va su merced al pueblo y pregunta en los «jacales» si hay alguno que lo «quera» llevar?

Nuestro joven tomó el consejo del remero, y saltó a tierra con objeto de buscar quien le llevase al pueblo que anhelaba.

Ixtacalco, ese pueblo de indios que conserva todavía su primitiva fisonomía, y que se deriva de las palabras «Ixtla calli», que significan «casa blanca», presentaba en esos instantes un aspecto sencillo y risueño.

Sus calles en que no se ven otros edificios que las humildes chozas de los indios, se veían llenas de arcos de vistosas flores, cogidas de las pintorescas chinampas que embelecen aquel antiguo pueblo, cuya agricultura tanto llamó la atención de Hernán Cortés y de sus valientes soldados.

La torre de la iglesia se veía adornada de vistosos gallardetes de variados colores, y la puerta y el atrio, de grandes amapolas rojas y amarillas, que daban al conjunto un aspecto agradable.

Aun era muy temprano, y la gente se paseaba por todas partes esperando la hora de la función.

Los vendedores de naranjas, de agua de limón, los rosquilleros y los dulceros, atronaban el aire pregonando sus mercancías.

La alegría era general.

Sólo nuestro joven marchaba triste y meditabundo por en medio de aquella multitud, que no pensaba más que en gozar.

Había entrado en varias chozas, y no había podido encontrar quien quisiera llevarle a Culhuacán.

—¿«Quere» ir su merced a las chinampas?—le preguntó al llegar al extremo del pueblo, un indio que se ocupaba en hacer coronas de flores con su familia a la puerta de su choza.

—No; lo que le agradecería a usted es que se dignase llevarme a Culhuacán.

—¡A Culhuacán!... Imposible. Si «juera» otro día...

—¡Otro día!... ¡Otro día!...—exclamó con acento melancólico el joven—. ¡Ah!... ¡Otro día acaso no estará el padre Enrique!

—¿El padre Enrique, dice su merced?—preguntó el indio, suspendiendo su trabajo.

—Sí, el Padre Enrique, a quien me interesa verle hoy mismo.

—Vamos, señor amo—dijo el indio, levantándose de donde estaba sentado—; si es para ver al Padre Enrique, no hay «oservación» que hacer; voy a llevar a su merced; es un «padrecito a quen» debemos mucho todos los «naturales». En la fisonomía del joven brilló la alegría.

—¡Ah!... Gracias, gracias—exclamó—; corramos, pues, ya que usted se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo a su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba atracada al tronco de un árbol, entró en ella con el joven, y poco después remaba con indecible brío con dirección a Culhuacán.

Pero, en tanto que el uno, profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahinco, se dirigen a ver al padre Enrique, escuchando a lo lejos el rumor de la fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

## CAPITULO XV

### El Padre Enrique

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veía ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentimientos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, sólo se veía una mesa de cedro, encima de la cual se descubría un Santo Cristo en el momento augusto de expirar; escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos y piadosos; un breviario de pasta de cuero, con broches de latón, y una Biblia; en un rincón del cuarto se hallaba una humilde tarima de pino blanco, sin colchón ni sábanas, que ostentaba por almohada un grueso tronco de roble. A la cabecera de este duro lecho, y colgado